

RAMÓN HERRANDO PRAT DE LA RIBA. *Los años de seminario de Josémaría Escrivá en Zaragoza (1220-1925). El Seminario de San Francisco de Paula. Instituto Histórico «Josémaría Escrivá».*
RIALP. MADRID, 2002

La canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer y la creación del Instituto Histórico que lleva su nombre y se dedica a la investigación de su pensamiento, su obra y su vida estimulan estudios y trabajos sobre esta gran personalidad eclesial que ha sabido abrir un cauce para la santificación del hombre a la luz de las orientaciones evangélicas. Cuanto más se conozca al hombre, mejor entenderemos los caminos asumidos para conseguir ese ideal de santidad, cuya semilla Dios ha depositado en nuestro corazón.

Don Ramón Herrando, que recientemente ha sido nombrado para el más importante cargo de la Prelatura del Opus Dei en España, hace veintiseis años que recabó algunos datos que hoy aparecen en este libro de su autoría. No era su intención entonces escribirlo; pero su curiosidad de investigador y, sin duda, su devoción por Don Josémaría, le llevaron a recabar información sobre la estancia del Fundador en Zaragoza como alumno del Seminario y de la Facultad de Derecho de la Universidad. Ahora, decidido a escribir el libro, ha puesto mayor énfasis en la formación seminarística de Mons. Escrivá.

El subtítulo del libro nos lleva al Seminario en el que San Josémaría hizo los estudios teológicos. No fue el Seminario Diocesano de Zaragoza sino el de S. Francisco de Paula, que ocupaba espacios del edificio de San Carlos. La decadencia de vocaciones en el siglo XIX, en su segunda parte, llevó a algunos obispos a la erección de seminarios para pobres intentando de esta manera facilitar el acceso al Sacerdocio a hijos de familias humildes. El primer paso lo dio la diócesis de Vic en 1861; la revolución de 1868, con repercusión notable en las vocaciones, propició el progreso de la decisión episcopal. Es así cómo nace, en 1886, el cesaraugustano de San Francisco de Paula, fundado por el Cardenal Francisco de Paula Benavides y Navarrete.

Mons. Escrivá había estudiado dos años en el seminario de Logroño, desde 1918 a 1920. En septiembre de este último año, cursado ya el primero de Teología, Don Josémaría, por consejo de su padre, busca la continuación de la Teología en una ciudad universitaria para poder matricularse en Derecho, como es también la

sugerencia paterna. Y eligió la ciudad de Zaragoza, la más cercana al lugar de residencia familiar. Logroño, y posiblemente porque allí residía un tío suyo, canónigo de la Catedral. Por cierto que este familiar, que tantos domingos sentó a la mesa a su sobrino, enfriaría sus relaciones con los Escrivá cuando, muerto el padre de Don José María, en 1924, la familia decide instalarse en la capital maña.

El Seminario de San Francisco de Paula, hecho para pobres, dejó de tener esta dedicación exclusiva en el año 1897, y Escrivá pagó media pensión, completando con ella la media de que gozaba en el centro. A partir del curso 1922-1923, cuando es nombrado Inspector, ya no tiene que pagar nada, pues la sustentación se la ofrecen a cambio de la tarea formativa que lleva a cabo en favor de sus compañeros e incluso tiene una retribución económica a mayores, cuya cuantía, al día de hoy, resulta ridícula.

El tiempo en el que Escrivá estudió en Zaragoza fue muy movido, con problemas sociales de relieve y la consiguiente inestabilidad. El colmo de este incómodo ambiente es el asesinato del Cardenal Arzobispo Soldevila en la tarde del 4 de Junio de 1923, cuando el Purpurado acudía a visitar las Escuelas del Asilo de Niñas de las Hijas de la Caridad. El suceso tuvo un impacto profundo en todos los medios, con mayor realce, como es natural, en el eclesial. La tarea diocesana hubo de asumirla el Obispo Auxiliar, Miguel de los Santos Díaz Gómara, aunque pronto fue sustituido por el elegido Vicario Capitular, D. José Pellicer.

El autor del libro hace un recorrido por el régimen entonces vigente en los Seminarios españoles, tanto en el aspecto disciplinar como en el académico. La vida era austera, porque las posibilidades económicas no daban para exquisiteces. El plan de estudios, el habitual en centros similares de rango universitario, como el que tenía la Pontificia de Zaragoza, a cuyas aulas acudían conjuntamente los residentes en el Seminario Diocesano y los del de San Francisco de Paula. En lo espiritual, la Misa diaria y, ya en tiempo de Escrivá, la frecuencia de la comunión, estimulada años antes por el papa san Pío X. Dos devociones, además de la de la Eucaristía, primaban en el Seminario: la mariana y la del Sagrado Corazón de Jesús. La Asociación del Apostolado del Sagrado Corazón contó con Escrivá, al principio, como Celador, y, después como Vicedirector.

Entre los alumnos del Seminario, en su mayoría de procedencia rural, destacaban los que tenían origen urbano. Don Josemaría era uno de éstos. Posiblemente fue su talento y su educación lo que en un momento dado, le creó problemas, hasta el punto de que se dudó de si debía continuar como seminarista. No duraron mucho los

reparos y prueba de ello es que pronto se le encomendó la tarea de formar parte del equipo directivo en calidad de Inspector, como ya se ha dicho.

En el ejercicio de esta misión, muy cercana a los alumnos de la sección que se le encomendó, destaca por su comprensión y la escasez de castigos que imponía, muchos menos que cualquiera de sus colegas. No le faltó la prueba como Inspector. Se le proporcionó un alumno que le doblaba en años, inscrito en los cursos entonces llamados de Carrera Breve, que llegó a ofenderle de palabra y de obra. Años después, ejerciendo éste de capellán en una residencia, escribió palabras de cariño a Escrivá y le pidió perdón. Académicamente son los Sobresalientes los que destacan en el expediente de Josemaría Escrivá.

Para simultanear los estudios teológicos con los civiles era preciso obtener la correspondiente licencia del Arzobispado. A la muerte del Cardenal Soldevila, el Vicario Capitular facilitó más la satisfacción de este deseo. Escrivá era conocido entre sus compañeros de la Facultad de Derecho como «el curilla» y alguno de ellos fue favorecido con clases de latín, impartidas por Escrivá a título gratuito, para poder enfrentarse con éxito a la asignatura de Derecho Romano. Un profesor le instó, incluso, a hacer el examen final en la lengua del Lacio, y ambos, profesor y alumno, según atestiguan las crónicas, superaron la prueba con todo honor.

Para poder ejercer como Inspector recibió la Prima Clerical Tonsura, a la que irían siguiendo los restantes pasos hacia el Presbiterado en tiempos sucesivos. Para ello necesitó la dispensa de edad. Eran diez meses los que le faltaban para cumplir la mínima canónica. Y el 28 de marzo de 1925, mons. Díaz Gómara le confirió el Presbiterado. El 30 celebraría su primera Misa en la Capilla del Pilar.

La paciencia del autor del libro le permitió recabar informes de parientes y compañeros de estudios de Don Josémaría y las respuestas, todas ellas laudatorias, se recogen textualmente en esta publicación. En ella tenemos también datos sobre las fuentes usadas para la elaboración de esta etapa biográfica de Escrivá; el reglamento del Seminario y el acta de su fundación; actas de la Asociación del Apostolado del Sagrado Corazón; el conjunto de anotaciones en el Libro de Cuentas del Seminario durante el quinquenio en el que estudia en él el biografiado; los testimonios de veintidós personas, por orden alfabético; los datos «de vita et moribus» que los superiores de Don Josémaría fueron anotando; los expedientes de las Sagradas Órdenes; los diarios del Inspector del San Francisco de Paula, Escrivá; noticia del único número de «La Verdad», la publicación no continuada del Seminario de San Francisco de Paula; los impresos que había que cubrir en este centro y, por último, los

planos de los dos pisos que ocupaba. Un índice alfabético de personas facilita la consulta de la intervención de cada una de las que son citadas en el libro.

Creemos que es una excelente aportación que se hace para completar las biografías de San Josemaría Escrivá, ninguna de las cuales había descendido a tantos detalles como los que anota Herrando Prat de la Riba. No podemos menos de suscribir las palabras del Prelado del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría, que alaba, porque se lo merece, el «riguroso esfuerzo investigador del autor». Como nos sumamos también, con mucho gusto —con el que hemos leído la obra—, al deseo de Mons. Echevarría: que «a la luz de su ejemplo (el de San Josémaría), verdaderamente heroico ya en los primeros años, los lectores tendrán posibilidad de admirar la inefable acción de la gracia en las almas bien dispuestas y, al mismo tiempo, podrán echar una ojeada a su propia vida, para ponerla más en sintonía con el proyecto que Dios ha trazado para cada uno de sus hijos». Con el lector que suscribe esta recensión ya se ha alcanzado el objetivo marcado por el autor del prólogo, Mons. Echevarría.

J.P.L.

* * * * *
* * *
*